

DON ROBERTO, UN HOMBRE PARA LA HISTORIA

EUGENIO ROYO

La última vez que vi a D. Roberto fue durante mis vacaciones de verano del pasado año. Era la cita obligada de siempre donde él preguntaba y preguntaba; quería saber de todo y de todos. Era él D. Roberto curioso y entrañable, que pasaba revista en una conversación que se prolongaba hasta las tantas sin importarle la hora del día o de la noche. Pero esta vez no fue lo mismo. No le interesaba tanto lo que pasaba en el mundo, su tema apasionante de otros tiempos. Sólo quería saber de nosotros, de nuestras personas. Mermado de facultades, con su sordera y el corazón debilitado, tras varias operaciones, le costaba esfuerzo vivir. Aquel hombre fuerte, cual mastín siempre vigilante de su rebaño, atento a los movimientos y noticias que se producían en cualquier parte del mundo, estaba herido de muerte. Parecía como que el inconsciente de su propia naturaleza le había ordenado el abandonar todo aquello que constituyó su vida para terminar desprendiéndose de la vida misma. Con ello remataba y ponía fin a la tarea para la que había vivido: defender a los oprimidos; luchar por la Justicia y la causa del Evangelio. Cuando me despedí de él tuve la sensación de que aquella podía ser la última vez que nos veíamos. Y así fue.

Pedir hoy mi testimonio sobre este hombre auténtico e insobornable que marcó positivamente nuestras vidas con la impronta de su tremenda personalidad, me resulta difícil a la par que me siento obligado.

El rasgo más nítido de su persona fue el de su condición de sacerdote convencido de su fe y de su misión. Pero aquel casero culto y listo, bien informado, asiduo lector de La Croix y radioyente de la BBC, era un hombre abierto que sabía escuchar a todos y daba importancia tanto a las cosas grandes como a las pequeñas. Con un gran sentido de la realidad, buscaba siempre el fondo de las cosas, lo que le llevó en ocasiones a enfrentarse con las instancias del Poder y las personas. Ahí estuvo su grandeza y su limitación. Su fuerte temperamento, no siempre bien controlado, le traicionaba. Su vida fue la de un hombre al servicio del pueblo y de su Iglesia. Vivió con austeridad y conoció la pobreza, que sobrellevó con dignidad y discreción. Quien mejor conoce esto es Carmen, su ama de llaves, siempre servicial y resignada.

Por su despacho diariamente pasaba mucha gente, de toda edad y condición, lo que le permitía estar informado y conocer la verdadera problemática del pueblo.

Cuando a los pocos meses volví a Rentería para tributarle mi homenaje póstumo de despedida, supe que enterraba no sólo a un ser querido, sino a

uno de los personajes más influyentes en la configuración de la conciencia social de las nuevas generaciones de la postguerra. El, con su llegada a Rentería en 1941, asumió tareas y responsabilidades más allá de las propias de su condición de Párroco. Era una época difícil de hambre y racionamiento; de miedo, cárceles y prohibiciones. No sólo ayudó a cubrir necesidades y resolver problemas, sino que creó un espacio donde la formación y la concienciación social entre la juventud llegaron a configurar promociones de distinto signo que han sido el soporte cívico-social de la transición. Y ésta es una deuda que Rentería tiene con este hombre: el reconocimiento público de su contribución histórica. Es algo que eché de menos en el funeral. No fue sólo el Párroco de sus feligreses, sino el guardián y animador de la conciencia social de un pueblo roto y desamparado en una época difícil.

Rentería que como todos los pueblos tiene su memoria histórica está en deuda con él. Le debe el reconocimiento público de su contribución histórica y por lo menos el nombre de una calle.

